

pasó en esta materia: Había instado y apretado mucho un argumento, que tenía grande fuerza, tanto, que lo aplaudió mucho el auditorio: el Padre, no engreído, sino antes humillado y confuso con este aplauso, se subió á su aposento, y como si hubiera cometido una grande falta de la modestia que él profesaba, tomó una rigurosa disciplina, y oyendo el ruido de los azotes en hora tan desusada los que pasaban por el cuarto, le oían que decía entre los golpes que descargaba: «Toma, porque no miras por el crédito de tus Hermanos.» Y es cierto que estaba este varón tan docto, tan atento al buen nombre de los que sustentaban algún acto, que en ocasiones que el argumento apretaba, solía hacer lo que grandes Maestros (que no arguyen tanto por el lucimiento y ostentación vana de sí mismos, cuanto porque se alienten y luzcan los discípulos), que cuando arguyen y aprietan la dificultad, en el mismo argumento suelen apuntar la solución de ella, con disimulo, al sustentante. Y por parecerle al P. Pedro de Velasco que había faltado á este término caritativo cuando le aplaudían la grande fuerza de su argumento, se fué luego á hacer penitencia por esta falta. Tanto como este era el cuidado con que andaba en el ejercicio y perfección de todas las virtudes, y todo el tiempo que se ocupó en leer la cátedra de Moral y Escritura en este grande Colegio, fué un ejemplar de ellas á todos los religiosos que en él había.

Como los talentos de letras y virtud eran tan grandes, juzgando los Superiores que también podían ser de fruto y provecho en el gobierno, le encargaron el oficio de Rector del Colegio Real de San Ildefonso, que (como atrás se ha dicho) está á cargo de la Compañía en la ciudad de México, prometiéndose que con sus letras, espíritu y prudencia, adelantaría mucho el aprovechamiento de los colegiales y juventud que aquí se cría, lo cual después se experimentó por la obra. Desvelábase en procurar imprimir en el corazón noble de aquellos niños y mancebos el temor y amor santo de Dios, con las continuas exhortaciones y pláticas que les hacía y ejemplos de santidad que les daba, y de que se cogieron frutos copiosísimos. Aumentó con grande solicitud lo temporal del Colegio, de libros los aposentos, de alhajas la sacristía de la capilla, y cuidaba que con liberalidad y abundancia se acudiese al ordinario del refectorio, para que así contentos y abastecidos en lo temporal, sus alumnos estudiasen mejor en el aprovechamiento de la virtud.

Habían hecho un tal concepto los colegiales de su Rector, que les parecía que moraba Dios en su alma, y que los conocía y penetraba con luz del cielo lo íntimo de sus corazones. Porque sucedía, no pocas veces, llamarlos para reprenderles ó disuadirles de algunos intentos y pensamientos que guardaban con tanto secreto, que sólo ellos y Dios lo sabían, y oyendo y viéndose descubiertos en los labios de su Rector, se persuadían que Dios le revelaba sus culpas para que los corrigiera. Materia de que pudiéramos escribir muchos ejemplos. Y porque no todos se queden por decir, referiremos aquí algunos. Tenía en su Colegio un seminarista con demasía travieso (que en comunidades, aunque sean muy concertadas, como lo era el Colegio de los Apóstoles, hubo uno tan perverso como Judas); el Padre Rector Pedro de Velasco corregía á su colegial travieso, lo uno por estar á su cargo, lo otro por atender á las obligaciones que este mancebo tenía, por ser hijo de muy nobles padres; mas él, no llevando bien las amo-

rosas amonestaciones que su Rector como padre le daba, trocando en ponzoña la medicina, determinó vengarse de él; y sirviendo una escudilla de vianda en el refectorio, en la que había de poner á su Rector, echó con disimulo unos polvos, que eran ponzoña; pero al tiempo que puso la escudilla delante al P. Pedro de Velasco, parece que tenía Dios prevenido á su siervo, y sonriéndose y con mucha apacibilidad le dijo: «Vaya, Don Gabriel, y beba él ese atole» (es comida y bebida de harina de maíz, que se usa en las Indias, y de que usaba por cena pobre el Padre Rector todas las noches). Quedó espantado el colegial de lo que vió, y de que su Rector no quisiese tocar la escudilla, que era su ordinario sustento, y conociendo que había entendido la perniciosa resolución que había tomado, procuró de allí adelante corregir sus costumbres y enmendar su vida.

Otros casos semejantes y singulares se le notaron al P. Pedro de Velasco, siendo Rector del Colegio de San Ildefonso, que por brevedad dejamos: bastará decir que era voz común entre sus colegiales, que les conocía y penetraba los corazones. Unos contaban que viniéndoles algunas determinaciones que maquinaban, les había descubierto sus pensamientos desbaratados; otros referían que les había reprendido acciones que habían hecho fuera de casa, de que humanamente no podía haber tenido noticia; y como ya estaban muy persuadidos en esta opinión, atendían con particular cuidado á los semblantes, acciones y palabras del Rector que los gobernaba. A que se añadía que sabían y tenían experimentado lo mucho que comunicaba con Nuestro Señor, pues en la Misa principalmente solía á veces quedarse casi enajenado de sus sentidos, y desde el Canon, por tiempo tan dilatado, que era menester tirarle de la casulla para que volviese en sí y prosiguiese el sacrosanto Sacrificio de la Misa. Con tales oraciones, con tales ejemplos, con tal cuidado del aprovechamiento en letras y virtud de sus súbditos, como el que tenía el Padre Rector Pedro de Velasco, no podía dejar de ser muy colmado el fruto de sus santos trabajos y ministerios, y ahora diremos el que le encargó la santa obediencia después del rectorado de San Ildefonso.

§ V

*Oficios y cargos que tuvo el P. Pedro de Velasco en la Provincia,
y ejemplos de muy religiosas virtudes que dió en ellos.*

Concurriendo en el P. Pedro de Velasco los talentos y ejemplos de grandes virtudes que quedan referidos, después que salió de misiones hasta su dichosa muerte, lo ocupó la santa obediencia casi siempre en varios cargos y oficios de la Provincia; fué Rector del Colegio de Valladolid en Michoacán, después del de Tepotzotlán juntamente con el de Maestro de novicios, que ejerció siete años continuos. Al fin de este gobierno, en Congregación Provincial, fué electo por Procurador á Roma, y habiendo cumplido con mucha satisfacción con este cargo, y dejado por todos los Colegios por donde pasaba, opinión de su grande religión, volvió con catorce sujetos que trajo de Provincias de España, que ayudaran á sus Hermanos en las dilatadas misiones de nuestra Provincia. Después de esto, le vino Patente de N. P. Gene-

ral de Prepósito de la Casa Profesa, y después de Rector del Colegio Máximo de la ciudad de México; y finalmente, el año de 1647, por muerte del Padre Provincial Juan de Bueras, se halló elegido, en carta de N. P. General, por Provincial de la Provincia, y parece que tuvo Dios destinado á este grande siervo suyo para este tiempo, en el cual más se enfureció la tempestad de pleitos que (como atrás queda referido) contra la Compañía levantó el Obispo de los Angeles D. Juan de Palafox y Mendoza. Los ejemplos de virtud que el P. Pedro de Velasco dió en todo el tiempo de sus oficios y cargos, fueron muy señalados, en particular los de su profunda humildad, que comenzaron á resplandecer en él desde que fué joven en el Colegio de San Ildefonso, donde (como dijimos) ofreció el otro carrillo á un colegial desbaratado que en el rostro le había ofendido. Después creció con tantas ventajas esta virtud, que todos la reconocieron por muy singular en el Padre; su gusto y cuidado continuo, cuando era Hermano estudiante, era servir y rodar en la cocina. Siendo Prefecto de la salud en el Colegio de México, á título de este oficio, barría los aposentos de los enfermos, les hacía las camas, y aun los vasos más inmundos sacaba y purificaba. Siendo Rector en el Colegio de Tepotzotlán y Prepósito en la Casa Profesa, cargaba y llevaba piedra en obras que allí se ofrecían, hacía y llevaba mezcla, y salpicándole una vez toda la cara con ella un novicio con inadvertencia, el Padre, con toda serenidad, limpiándose el rostro, le dijo: «bueno va, Hermano.» Con estas y otras semejantes acciones, era un ejemplar de mansedumbre y humildad el P. Pedro de Velasco. De esta misma virtud nació el olvido y despego que tuvo de todo lo que toca á carne y sangre, materias en que dió señaladísimos ejemplos. Siendo Rector de Tepotzotlán, estaba una legua de allí una hermana suya, mujer de un caballero, Alcalde mayor de todos los pueblos de este partido; deseaban estos caballeros ver y regalar á su hermano, y no pudieron recabar de él que una sola vez los visitase, hasta que expresamente el Padre Provincial se lo ordenase; y de estos casos pudiéramos referir otros que por brevedad se dejan. Las virtudes de mortificación, obediencia y pobreza religiosa fueron en este grande siervo de Dios muy continuas, señaladas y perfectas. Siendo Rector de Tepotzotlán, porque una vez difirió (por razones que se le ofrecieron) la ejecución de cierta orden del Padre Provincial, esperando la resolución sobre inconvenientes que con resignación le había propuesto, pareciéndole después que había faltado á la puntual perfección de la obediencia, salió al refectorio, y puesto de rodillas delante de sus súbditos, dijo su culpa, imponiéndose él mismo por penitencia el besarles los pies, como lo hizo. Su vestido era tan pobre y humilde, que los que no le conocían le podían juzgar por algún Hermano de los que se ocupaban en casa en alguna oficina. Siendo Provincial, andaban á pleito sus compañeros para que moderase el rigor de su vestido interior y exterior, por la decencia de su persona y oficio; hicieronle una ropa nueva, y no hubo remedio para que usase de ella, hasta que el Hermano que era su compañero primero usase de ella. Y dejando otros casos de estos, por ser de particular edificación, escribiremos el que se sigue.

Hacia camino, siendo Provincial, el P. Pedro de Velasco, por el Obispado de Guadalajara; encontróse en un pueblo con el Ilustrísimo Prelado Don Bartolomé de Benavides y la Cerda, que andaba en su vi-

sita, el cual, por lo que había oído de la grande virtud y religión del Padre, al apearse de la cabalgadura lo quiso recibir en sus brazos y hospedarlo en su misma posada, con tanta estimación de su grande virtud, que quiso también llegar á hacerle la cama en que había de descansar aquella noche, con harta confusión del humilde Padre, el cual, habiéndose retirado al aposento que le tenían muy aderezado, y siendo ya hora que se habían ido á descansar los criados del Obispo, Su Señoría, sea por curiosidad, ó por satisfacerse de la mortificación y pobreza religiosa que había oído decir guardaba el P. Pedro de Velasco, quiso con disimulo ver lo que hacía, y echó de ver que vestido de su ropa y sotana se había recostado sobre el tapete que estaba á los pies de la rica cama que le habían preparado, lo cual después Su Señoría publicaba. Y no fué sola esta vez la que el Padre dió este ejemplo de su mortificación continua, porque la misma mostró en casa de su misma hermana en cuya hacienda hubo de hacer noche, caminando en visita de la Provincia, habiéndole prevenido cama muy bien aderezada, no quiso usar de ella, acostándose sobre un tapetillo en el duro suelo. La virtud de la castidad y pureza que en él resplandeció, no se puede explicar mejor que diciendo que cumplía la regla que de esta celestial virtud nos dejó escrita Nuestro Santo Padre Ignacio, diciendo que procuremos imitar la puridad angélica, con la limpieza del cuerpo y mente. Porque dos Padres que en varias ocasiones lo confesaron generalmente, el uno afirmó que no había hallado en él culpa con que hubiese perdido la gracia bautismal; y el otro, que no había hallado una leve culpa ó mirar de ojos de que absolverle en esa materia. Era tan recatado, que no miraba á mujer á la cara, ni levantaba los ojos del suelo en las visitas que no podía excusar por razón de su oficio. Si caminando salían indiecitas (como suelen) á besarle la mano ó pedirle limosna, ésta se la ponía sobre una piedra para que ellas la tomaran, y en lugar de la mano les ofrecía la ropa, aunque con cariño en las palabras dejaba consolados los niños que se le llegaban. Muchas veces que fué necesario para sus achaques hacerle algunas unturas en el estómago, no permitía que su compañero ni enfermero alguno hiciese este oficio, sino él mismo cogía la untura y cerrando los ojos se aplicaba el medicamento. Una persona puesta en grande dignidad, obligó, en cierta ocasión y con instancia, al P. Pedro de Velasco, siendo Provincial, para que fuese á ver una comedia que se representaba en parte decente, y donde concurrían otros religiosos, y á que no pudo excusarse; pero asistió con tal recogimiento en la vista, que advirtiéndolo el personaje que lo había convidado, dijo después que le parecía que el P. Pedro de Velasco condenaba ó argüía delante de Dios con su mortificación y modestia á los que allí estaban presentes; y de estos ejemplos se pudieran referir otros muchos. El rigor de su penitencia era continuo, y aunque no había sido corta la de sus trabajos padecidos en las misiones y después siendo Provincial en los largos caminos que anduvo, pero á eso añadía cotidianos cilicios y disciplinas, no perdonándolas algunas veces, aunque anduviese enfermo. Siendo Maestro de novicios le notaron alguna vez que dormía en el suelo sobre ceniza que con disimulo traía de la cocina. En la comida fué templadísimo, escogiendo la vianda más tosea y desabrida; y mientras comía, porque aun en ese tiempo la mortificación no parase, le echaban de ver que en-

cogía y levantaba los pies en vago. Pero aunque consigo era tan riguroso, mas con los que estaban á su cargo era singularísimamente benigno, cuidando que no les faltase lo necesario, con unas entrañas de amoroso padre, y muy en particular con los enfermos. Finalmente, del P. Pedro de Velasco se podrá con verdad decir, que fué un ejemplar apacible de todas virtudes religiosas, con tal agrado, que él y ellas se hacían á todos amables.

§ VI

*Del ejercicio de oración y trato familiar que tuvo con Dios;
su grande tranquilidad de ánimo y paciencia,
en el tiempo de la gran persecución que se levantó contra la Compañía.*

Desde sus tiernos años fué muy aficionado el P. Pedro de Velasco al ejercicio santo de la oración, y lo tuvo por muy familiar toda su vida. Atrás queda dicho, que siendo mancebo y cuando estudiaba en las partes de la Teología de Santo Tomás, era estando de rodillas, con que se podía decir que juntaba el estudio con la oración, como se escribe de los dos santísimos Doctores Santo Tomás y San Buenaventura. Cuando estaba en las misiones y en los continuos caminos que en ellas se ofrecen, por ejercitarse sin embarazo en oración sin cuidar de que la cabalgadura no dejase el camino derecho, dos muchachos indios de Iglesia que le acompañaban, echaba uno por delante y al otro encargaba que, yendo atrás, con una vara en la mano, aguijase la mula en que el Padre iba, por no divertirse en arrimarle las espuelas, porque su cuidado era el de la oración. Cuando rezaba el Oficio divino, era con tanta devoción y atención, que la pegaba á los que lo oían ó le ayudaban, y con una pronunciación tan sosegada y quieta, que se echaba bien de ver que por medio de aquellas palabras estaba hablando con Dios. A un Padre que iba una vez á ayudarle á rezar, y con intento de darse alguna más prisa, por ver si el P. Pedro de Velasco salía de aquella pausa con que solía rezar, como si le hubiera leído el pensamiento, le dijo: «Cada uno rece como pudiere, con tal que vuestra reverencia pronuncie bien y enteramente las palabras, que yo acá me entenderé.» En el sacrosanto Sacrificio de la Misa era mayor su atención, y aun alguna vez muy rara, como se verá en el caso siguiente, de que fueron testigos algunos religiosos nuestros.

Siendo Provincial el P. Pedro de Velasco, y en tiempo que habían comenzado los pleitos y persecución del Obispo de la ciudad de los Angeles contra la Compañía, diciendo Misa en un altar de nuestra Iglesia de Tepotzotlán, reparó el Hermano que le ayudaba, que después del primer memento, teniendo la Hostia en la mano, para consagrarla, miraba y remiraba atentamente una imagen del rostro de Cristo Nuestro Señor, pintado en la puertecita de un sagrario, que está en aquel altar: reparando, pues, el Hermano en aquella particular suspensión del Padre, puso los ojos con atención en el rostro del *facies Christi*, que el Padre miraba, y vió que por ella brotaban unas pequeñas gotas de sudor; y pasando adelante más cuidadoso con lo extraño del caso, reparó, que en el segundo memento, y después de

haber alzado la Hostia consagrada el Padre y de haber hecho con ella los signos sobre el cáliz, tomando la patena para signarse, volvió á quedarse como suspenso, puesta otra vez la mira por grande rato en la imagen del rostro de Cristo, y aquí echó de ver el Hermano que engrosándose las gotas de sudor que primero había visto, corrían ya desde la frente por el rostro de aquella imagen sagrada. El Padre en esta ocasión, como trasportado en aquella suspensión, olvidado de que había hecho los signos, los volvía á repetir; entonces el Hermano que era estudiante bien entendido, le avisó del estado en que iba la Misa, con que la prosiguió, y acabada se volvió á la sacristía. Pero recelando que el Hermano hubiese advertido aquel suceso, aunque era el señalado para que todos los días le ayudase á Misa, y por lo que el día siguiente le pudiese acontecer, excusó que le ayudase más, previniendo á un indiecito que hiciese este oficio; mas insistiendo el Hermano, que tenía orden del Padre Rector, que él fuese el ayudante, al fin salió el día siguiente á ayudar Misa al Padre en el mismo altar, donde sucedió segunda vez el mismo caso del sudor del rostro de Cristo, y en la forma que había sucedido el antecedente. El Padre, por encubrir favores que recibía de Dios (porque en esto fué siempre muy recatado), procuró que no le ayudase más á la Misa aquel Hermano, diciéndole taviase cumplida oración con la comunidad, porque el Padre solía salir á decir Misa al cuarto postrero de ella. Pero el Hermano, para certificarse más de este caso, la noche siguiente, visitando las puertas de la Iglesia (oficio que estaba á su cargo), llevando otro Hermano en su compañía, llegaron á reconocer la sagrada Imagen en que había aparecido el milagroso sudor; alzando un velo de seda que de ordinario la cubría, hallaron que estaba sudando, y corrían las gotas desde la frente, por el rostro, de suerte que un paño limpio las podía enjugar; conociendo juntamente que en Imagen que tan guardada y cubierta estaba, como aquella, no podía haber causa natural de aquel milagroso licor. Guardaron, por entonces, silencio en este caso, aunque después lo manifestaron en la forma que aquí queda escrito, no sin recelo de que fuese señal ó aviso de algún grande trabajo que al P. Pedro de Velasco le hubiese de suceder, como presto se cumplió, porque de allí á pocos meses se enfureció la tempestad de pleitos y persecuciones que contra la Compañía había movido el Obispo de la Puebla de los Angeles; y siendo el P. Pedro de Velasco Provincial, la persona en quien cargó gran parte de esta persecución tan penosa, en la cual dió los señalados ejemplos de sufrimiento, paciencia, conformidad con la divina voluntad, y valiéndose del recurso de la oración y trato muy frecuente que en ella con Dios Nuestro Señor tuvo; y aunque atrás queda hecha relación de esta prolija y grave persecución, no se puede excusar aquí el referir los grandes ejemplos de prudencia, sufrimiento é invencible paciencia con que el religiosísimo Padre, sin faltar un punto á su grande modestia, se portó en ella. Porque aunque hubo algunas personas que, no estando tan enteradas en la materia, ni con el conocimiento tan pleno de esta causa, que les parecía no deberse empeñar en ella el P. Pedro de Velasco, pero muchos fueron los personajes muy graves, prudentes, doctos, sabios, religiosos, seculares, que apoyaron y veneraron siempre la justificación con que el Padre, siendo Provincial, defendía á su Religión y Provincia, no poco ultrajada en este tiempo; y antes

juzgaron que con particular providencia había Dios Nuestro Señor dispuesto que en esta ocasión gobernase la Provincia el P. Pedro de Velasco, para que con santo celo y prudencia la amparase y defendiese. Y como es doctrina asentada en las divinas letras, que en el tiempo de la tribulación se manifiestan y prueban las sólidas y perfectas virtudes, en esta ocasión es cierto, que dieron grandes muestras de sí las de un varón tan religioso y santo, porque en medio de las mayores aficciones y perturbaciones, se conservaba en una paz y serenidad de ánimo que admiraba: si algunos de sus súbditos, sentidos de los trabajos y molestias que padecía la Compañía, prorrumpan tal vez en quejas de los que eran causa de ellas, los consolaba con unas palabras tan santas y semblante tan alegre, que causaba grande edificación el verlo tan quieto y sereno, siempre con un mismo semblante.

Tenía grande cuidado y atención en que del Prelado de quien tanto padecía la Compañía, se hablase con todo respeto y reverencia, y cuando se ofrecía hablar de su persona, el P. Pedro de Velasco, era usando por delante el título del señor Obispo, sin consentir que en su presencia se dijese palabra menos decente de Su Señoría, ni que su intención se condenase; y cuando escribía algunos papeles acerca de esta causa, aunque ponía en ellos razones de grande eficacia y energía, como persona de tantas letras, pero nunca en sus palabras se hallaba alguna que no fuese ajustada á la razón y á toda religión y modestia. Retirábase algunos ratos en este tiempo á la oración, y en ella se le oía decir: «¡oh mi Dios! ¡y cómo sabes tú la verdad de todo!» Muchas personas doctas, prudentes y religiosas, notando esta composición del venerable Padre en tiempo de tales tempestades y aficciones de pleitos, juzgaban y decían que Dios le asistía, dándole luz para los medios que había de poner en su defensa, y fortaleza para ejecutarlos cuando convenía; y buena confirmación de todo lo dicho fué lo que pocas horas antes de su muerte, manifestó al Padre Rector del Colegio de México, donde murió, diciéndole: que tres mercedes le había hecho Nuestro Señor en defender la causa que contra la Compañía había movido el Sr. D. Juan de Palafox: la primera, que nunca había entrado á juzgar ni condenar la intención del señor Obispo; la segunda, que no había perdido la quietud de su ánimo y conciencia sobre esta materia; la tercera, que no había omitido diligencia alguna que juzgase convenía en la defensa de esta causa. Disposiciones todas que fueron prueba y argumento de un ánimo libre de pasiones, ó afecto que desdijese de un celo santo de defender la Provincia que Dios le había encargado.

§ VII

*Feliz tránsito del P. Pedro de Velasco,
y solemnidad con que su cuerpo fué venerado y enterrado.*

Llegábase ya el tiempo en que Nuestro Señor quería premiar las muy señaladas y perseverantes virtudes de su fiel siervo, ejercitadas tantos años en apostólicos ministerios, y después con los trabajos y tribulaciones con que su Divina Majestad fué servida de ejercitarlo; y sobreviniéndole á los achaques que solía padecer un desconcierto

de estómago junto con una calentura ardiente, totalmente lo derribó y debilitó las fuerzas. Y aunque su rigor apretaba mucho al que toda su vida tuvo mucho cuidado con el ejercicio de la mortificación, aun no olvidándose de ella en este tiempo, hizo voto de no menearse en la cama ni tomar alivio de mudarse de un lugar á otro, mientras durase la fiebre; penitencia que se echaba de ver cuán molesta sería en esta ocasión, y la cual el Padre cumplía con grande exacción y perseverancia. Vinolo á entender el Padre Rector y absolvióle de aquel voto, para que pudiese, en medio del rigor de la enfermedad, tener algún alivio y descanso. Ibase aumentando el mal, y el Padre aumentaba muy fervorosos actos de virtudes y oraciones tiernísimas de jaculatorias que se le oían, y todo su trato era con Dios, sin acordarse de cosa de la tierra. Con el rigor de la enfermedad se le acercaba la muerte, y así, el médico le dijo el mismo día que falleció: «Padre mío, *in domum Domini ibimus:*» á que con grande serenidad de ánimo, y con señales de gusto y alegría, respondió: «*Fiat voluntas Domini.*» Recibió los santos Sacramentos con devotísima reverencia, lo cual, entendido en la ciudad, vinieron á visitarlo personas de mucha autoridad, y entre ellas el Ilmo. Dr. D. Nicolás de la Torre, Obispo de la Habana, que aún no había pasado á tomar posesión de su Obispado, el cual, demás de haber tenido siempre grande amistad con el P. Pedro de Velasco, juntamente fué grande el concepto que de su santidad tenía. Acordándose, pues, el Padre en esta hora del mucho amor y benevolencia que á este Prelado la Compañía le debía en el tiempo que había sido Catedrático de Prima de Teología de la Universidad de México, y Dean de su santa Iglesia, mostrándose agradecido le prometió que cuando se viese en la presencia divina, se acordaría de Su Señoría; lo cual estimó el señor Obispo, y antes de despedirse pidió al Padre Provincial se le diese un crucifijo pequeñito de bronce que el Padre siempre había traído pendiente al pecho; dióselo á Su Señoría, que lo recibió como prenda y reliquia de varón santo y que tanto había estimado en vida. Todos los Religiosos del Colegio, que tenían el mismo concepto del Padre, acudían al aposento del enfermo con grande sentimiento y lágrimas de que se les muriese tan amoroso Padre, llegando á pedirle su bendición y á besarle la mano; entre ellos llegó el que fué su Secretario, siendo Provincial el P. Pedro de Velasco, el cual, conservando hasta esta hora el espíritu de humildad que toda su vida había tenido, no lo consintió sino después de besar él primero la mano al Padre Secretario, que á instancia suya y de los presentes se le hubo de conceder, para darle ese consuelo á la hora de la muerte.

Acercábase el plazo de la partida de esta vida del P. Pedro de Velasco, á las cuatro de la tarde; y estando quieto y sosegado y recogido á su interior, y cuando les pareció á los que allí estaban que presto había de espirar, llegó un Hermano á darle un santo Crucifijo para que le tuviese en la mano, á que respondió el Padre con grande tranquilidad: «póngale aquí en la cabecera, que yo lo tengo en mi corazón.» Otro le ofreció la candela bendita, cojióla en la mano, y con los dedos de la otra, haciendo la cruz, y estando con todos sus sentidos atento á tiernísimas jaculatorias que un Padre le repetía, la última con que espiró fué hablando con la Reina del cielo, y diciendo: «*Mater misericordia.*» Con grande quietud durmió en el Señor, que para tanta gloria suya lo había criado, á los 26 días de Agosto del año de

1649, y á los 68 de su edad, 53 de Religión y 36 de profesión de cuatro votos de la Compañía. Y finalmente, habiendo empleado toda su vida en servir y amar á su Criador y Señor (como queda dicho que lo hizo desde sus muy tiernos años), fué á recibir el premio que á sus fieles siervos tiene prometido.

Muy tiernas fueron las lágrimas y sentimientos que en todos los nuestros causó la muerte de un varón tan santo, cordialmente amado y estimado de todos, por sus talentos, por sus amables prendas y paternal gobierno. Luego que lo amortajaron, acudían muchos á besarle los pies y las manos, y por su particular devoción, procuraban algunas de sus reliquias. El concurso á sus exequias fué de todas las sagradas Religiones de la ciudad, que vinieron en comunidad á su entierro. El Ilustrísimo Obispo electo de la Habana, D. Nicolás de la Torre, hizo el oficio con la capilla de Catedral. Quiso también honrar este entierro, con su asistencia, el señor Obispo de Michoacán, D. Fr. Marcos Ramírez de Prado, que en este tiempo se hallaba en México en la visita del Tribunal de la Santa Cruzada, que tenía mucha estimación de la grande religión del P. Pedro de Velasco. Al poner el cuerpo en la sepultura, que con particular cuidado se señaló, hubo nueva contienda entre los que le llevaban en hombros, sobre quitarle parte de sus vestiduras, que tenían como reliquias, por la estimación de un varón tan santo; y la misma tuvieron de él otras muchas personas, así eclesiásticas como seculares muy graves, y letrados.

§ VIII

Refiérense algunos casos en que parece quiso Nuestro Señor dar testimonio de la grande virtud y santidad del P. Pedro de Velasco, y los testimonios que otras personas dieron de ella.

Aunque el concepto que se tenía de la religión y santidad de este venerable varón, era general en la Provincia, ese se confirmó con no corto número de casos maravillosos que sucedieron á varias personas, que después de muerto se quisieron valer de su intercesión para con Dios Nuestro Señor, ó con su particular devoción se aplicaron alguna reliquia del Padre, en ocasiones que se vieron en algún aprieto de enfermedad ó de otra aflicción semejante; casos todos que los han afirmado los mismos que habían recibido los tales favores, juzgando que los habían alcanzado por intercesión de este gran siervo de Dios. Y aunque se pudiera hacer largo catálogo de estos sucesos, exensando por ahora los demás por brevedad, solamente escribiremos aquí algunos más señalados, y sea el primero, uno que sucedió luego que el P. Pedro de Velasco acabó de morir, y es el siguiente: Un Religioso de una de las sagradas familias de México, vivía muy afligido, y tan grandemente fatigado con el estado de su profesión, que se le hacían insoportables los ejercicios y obligaciones de ella, y casi lo llevaban á términos de desesperación. En sabiendo, pues, que el P. Pedro de Velasco (cuya fama de grande virtud y religión era tan conocida) era ya difunto, deseoso de hallar remedio de su aflicción, se vino á nuestro Colegio, y arrodillándose á los pies del cuerpo del Padre (que otros también llegaban á besar), haciendo él lo mismo muchas veces, le pe-

día instantemente intercediese con Dios, cuya vista él entendía que estaba gozando, para que le concediera el alivio de la congoja y tormento que padecía. ¡Cosa maravillosa! que antes de levantarse de los pies de aquel venerable cuerpo, se sintió tan trocado y aliviado, tan tieramente deshecho en lágrimas el corazón, tan movido en lo interior de su alma, tan encendido en espíritu de devoción, y finalmente, tan otro del que había venido, que desde aquel punto halló en la observancia religiosa de su profesión tan grande paz y suavidad, tan grande gusto en la clausura, en el coro y demás ejercicios religiosos, que conoció claramente haber sido aquella mudanza del Altísimo, que por méritos del P. Pedro de Velasco, Dios le había concedido. Quiso este Religioso dar parte de este caso al Padre Rector de nuestro Colegio de México, el cual, para gloria de Dios y de su siervo, hizo relación de él á algunas personas, y muy en particular, me dijo un año después de la muerte del Padre, que el dichoso Religioso perseveraba en aquella paz, consuelo y aliento, que se le había concedido por intercesión del P. Pedro de Velasco. Con cuya vida nos habemos alargado más de lo ordinario, así por las particulares razones que en ella concurren, y entre las demás, para que se entienda la justificación con que un varón tan santo, tan docto, tan prudente, defendería á la Compañía en la persecución y pleitos que contra ella movió el Obispo de la ciudad de los Angeles, D. Juan de Palafox.

No fué menos maravilloso el caso que, aunque semejante á otro que atrás queda referido, es diferente; y por haber sucedido en ocasión y tiempo que padecía sus más rigurosos trabajos el P. Pedro de Velasco, parece quiso manifestar la Majestad Divina cuán agradable era á sus ojos el alma de este su siervo, con la demostración de sentimiento que daba, de que sin culpa los padeciese. Y fué el caso, que en tiempo de la grave persecución que atrás queda referida, llegó á tales extremos la solicitud del Obispo de los Angeles, D. Juan de Palafox, que cuando ya gobernaba el reino de la Nueva España, el de Campeche, D. Marcos de Torres Rueda, le pidió auxilio de prisión para poner en ella al P. Pedro de Velasco, que como Provincial de la Compañía había procurado defender á su Provincia de las graves y molestas ofensas que había recibido del Obispo de los Angeles; y aunque personas de autoridad procuraron disuadir de aquel empeño en que le ponía, de hacer prender á un Provincial de una religión como la Compañía, y varón tan estimado por santo en la república, y de tan ilustre sangre, con todo, fué tal la solicitud del Obispo de los Angeles, que el señor Obispo Gobernador decretó y firmó el auxilio para prender al dicho P. Pedro de Velasco. Y le hubiera entregado á la parte contraria para que se ejecutase el decreto, si uno de los que más íntimamente frecuentaban la comunicación con el Prelado Gobernador, no le hubiera representado viva y eficazmente los riesgos grandes á que se exponía y en que ponía la república con la ejecución de aquel decreto; razones que obligaron á suspenderlo, y acción que piadosamente se puede entender haber lastimado los ojos de Cristo Señor Nuestro, en una imagen suya, con el milagroso caso que sucedió en nuestro Noviciado de Santa Ana, de la ciudad de México, á vista de todos los de aquella casa y del P. Nicolás de Estrada, Rector y Maestro de Novicios que entonces era, y después, siendo Rector del Colegio del Espíritu Santo de la Puebla, murió santamente, habiendo dejado escrito

